

CONTEMPORANEIDAD Y PROYECTO DE ARQUITECTURA

ARQ. JULIO ARROYO ■
PROFESOR-INVESTIGADOR,
FADU, UNL.

Preocupaciones iniciales

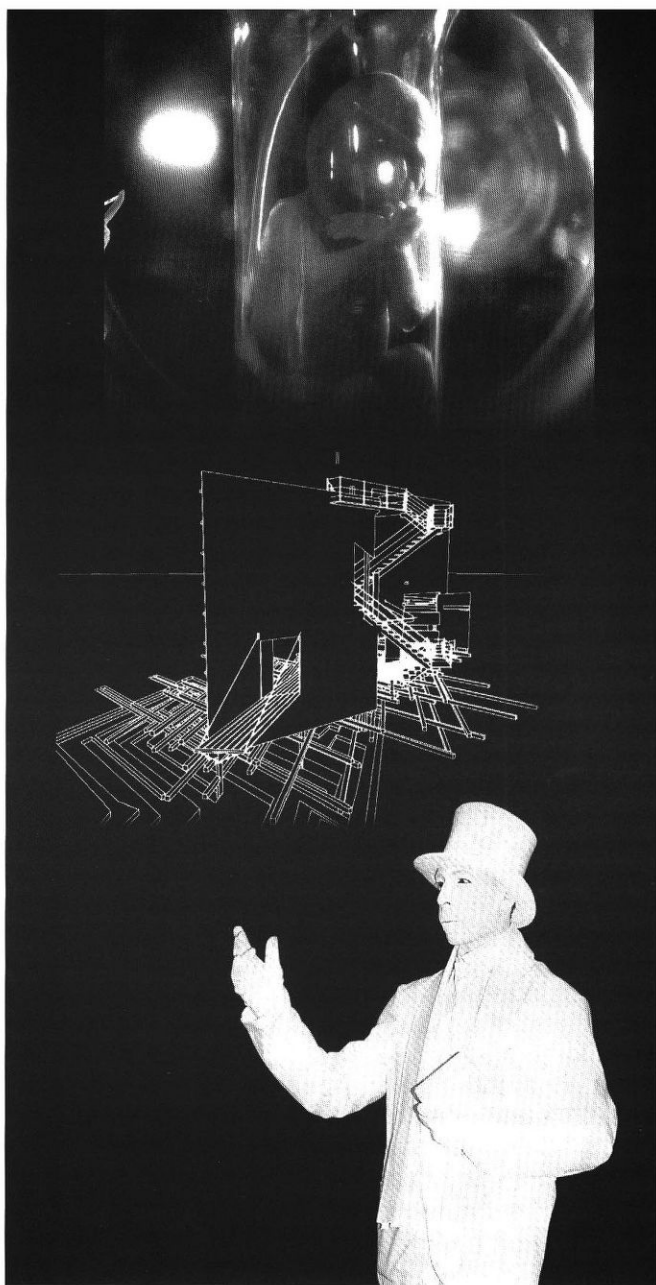
Este trabajo centra sucintamente su atención en las modificaciones que sufren los modos de percibir, entender y actuar, a través de la arquitectura, en el contexto de las configuraciones culturales de la contemporaneidad. La hipótesis es que estas modificaciones se deben, especialmente, a las transformaciones que se verifican en el nivel de los grandes referentes de época (neoliberalismo político y cultural, sistema capitalista financiero transnacional, medios de comunicación, informática). Estos sistemas de referencia constituyen estructuras paradigmáticas de la contemporaneidad que deben ser necesariamente reconocidas y asumidas como la condición de contexto en la cual el trabajo proyectual arquitectónico halla sus límites de posibilidad y pertinencia, es decir, procura su correspondencia con los procesos culturales a los cuales remite simbólicamente.

Existe una preocupación inicial de carácter empírico para este trabajo. Cada vez es más frecuente observar que las personas dan por obvios e ineludibles ciertos modos de establecer las relaciones entre los sujetos, y entre los sujetos y los objetos del entorno que los incluye. Esta observación permite inferir los modos de abordar perceptiva, cognitiva y afectivamente los fenómenos de la realidad de los cuales se participa pulsando, a su vez, la sensibilidad con que se lo hace. La sensibilidad es una

**El sentido del proyecto de arquitectura requiere ser
revisado desde la particular sensibilidad que plantea
la contemporaneidad cultural.**

capacidad del sujeto de experimentar sensaciones representativas o afectivas con las cuales se procura una imagen del mundo; pero no interesa, en este caso, la sensibilidad como condición individual sino como característica socio-cultural que da cuenta de una conciencia históricamente condicionada de la existencia.

En general, la percepción y comprensión de los objetos, fenómenos y procesos que integran la experiencia de una realidad vivida, se satisface conforme modos cada vez más superficiales y efímeros. La experiencia de vivir el mundo depende menos de la densidad conceptual o ideológica y más de la rapidez y la inmediatez del registro de los hechos. Además, las relaciones entre las personas y los hechos que las involucran, dependen en mayor grado de *mediaciones*, entendiendo por tales los dispositivos tecnológicos (equipos, instrumentos, máquinas), sociológicos (instituciones, organizaciones, normas) y culturales (sistemas semióticos, ideológicos, políticos, comunicaciones) que se intercalan entre las personas, y entre éstas y las cosas. Estos dispositivos de mediación obedecen a lógicas que, en principio, son entendidas como universos externos a los sujetos, originados en los *sistemas expertos* de los que habla Giddens. Esto hace que el sujeto se sienta liberado de la necesidad de reflexionar sobre tales dispositivos en la medida en que constituyen lo dado, lo obvio de la condición en la que se desenvuelven las personas. Se tiende a aceptar esas mediaciones como algo necesario e inevitable para el desempeño ordinario de los sujetos en los más diversos órdenes de la vida individual y social. En este contexto, se acepta que los dispositivos centrados en los medios masivos de comunicación asociados a los recursos informáticos son los que influyen de modo más directo en la determinación de la sensibilidad social, operando como grandes reguladores de los discursos éticos y estéticos del presente. Se atribuye a la declinación del pensamiento crítico-negativo esta aceptación incondicional de los dispositivos de mediación, siendo un tópico reiterado que la nuestra es una sociedad mediática y que, por lo tanto, la sensibilidad está inevitablemente condicionada por este fenómeno. Es posible entonces asociar el mismo al predominio del *pensamiento débil*, tendencia que no plantea compromisos éticos trascendentes tales como el cambio social o el progreso humano, sino que acepta la imposibilidad de una historia lineal y subjetivamente determinada. Desde esta perspectiva, se asume lo real como una condición dada sin expectativas de construcción de una realidad como proyecto que, en tanto tal, debe responder a una subjetividad generadora de sentido. Queda establecido así el predominio de las miradas sesgadas por sobre las visiones ideológicas, miradas que registran los episodios sin la expectativa de la indagación y la propuesta de superación.



Es frecuente referirse al sujeto contemporáneo como un sujeto que se repliega sobre su dimensión individual, descomponiendo los rasgos básicos de la subjetividad moderna: autoconciencia, autodeterminación, logocentrismo, etc. Estos repliegues devienen en una individualidad atomizada, resignada y conformista. Sea como actitud consciente o como conducta refleja, el individuo contemporáneo, en un sentido general, dispone de escasas posibilidades de interactuar con los sistemas colectivos que lo incluyen, y de los cuales sólo recibe funciones asignadas colectivamente: ser consumidor, público o cliente de los más variados bienes y servicios

(materiales o simbólicos, de carácter político o cultural, hedonista, etc.). Sólo secundariamente el individuo es ciudadano, actor o sujeto de sentido, ya que las lógicas que regulan mayoritariamente los procesos sociales de los que participa provocan, necesariamente, la desarticulación de toda subjetividad fundadora de sentido. Esto lleva a reconocer corrimientos y desajustes en la comprensión del sujeto contemporáneo, que se expresan en ese tránsito del individuo desde su condición de depositario de una subjetividad fundada en la conciencia del ciudadano hacia otra, fundada en la función mediática del consumidor, público o cliente. El resultado de ese fenómeno, que si bien no es nuevo se presenta en la actualidad en forma exacerbada, es una experiencia de vida que, para las grandes mayorías sociales, parece satisfacerse en una dinámica de ajustes a situaciones originadas en los grandes dispositivos sistémicos -consumo, medios, mercados-. Bajo la acción de estos dispositivos la acción social se ve reducida a una mecánica de hechos coaccionados que no son resultantes de una construcción proyectual de la realidad. Si lo proyectual supone un enunciado propositivo, de carácter a la vez conjetural y operativo, relativo a una subjetividad sólidamente constituida, lo proyectual pierde entidad frente a esta realidad de sobredeterminaciones. Cuando los individuos resultan así sobredeterminados por los llamados imperativos sistémicos que, Jürgen Habermas caracteriza como fundados en las lógicas excluyentes del *dinero y del poder*, el sentido proyectual de la acción humana queda condicionado por sistemas normativos abstractos -políticos, económicos, culturales- que, a modo de poderosas imposiciones, alteran las relaciones personales directas propias del *mundo de la vida*. Las condiciones que se derivan de estos imperativos sistémicos dan por resultado consecuencias sociales y psicológicas para las personas, que quiebran sus vínculos de solidaridad, pertenencia y autoconciencia. Frente a esta subjetividad tan fuertemente condicionada, la capacidad de articulación del lenguaje -especialmente el artístico- como expresión total de la subjetividad queda limitada a discursos episódicos, circunstanciales o de mera contingencia. Con ello se produce un debilitamiento de la confianza en las posibilidades de un sujeto constituido desde la razón, fundado en el conocimiento y capaz de producir una acción de sentido. La actividad artística, en la que se incluye la arquitectura, actividad por la cual el sujeto se asume y expresa con un fuerte compromiso ético en pos de la construcción de su propia historia individual y colectiva, se desvanece, dando lugar a experiencias autobiográficas y desagregadas de plataformas programáticas que las contengan. A los efectos de este trabajo estas cuestiones, sucintamente reseñadas, constituyen una premisa.

Fenómenos de transversalización

Aceptado entonces que en la experiencia directa y personal de vida es posible reconocer fenómenos de sobredeterminación del sujeto contemporáneo que afectan sus prácticas, corresponde resumir tales fenómenos en los siguientes tópicos:

- Terciarización de la economía.
 - Proceso asociado a la declinación del paradigma industrial como rasgo civilizatorio. Este proceso desplaza al objeto industrialmente producido como símbolo de época, transfiriendo ese valor a los sistemas de información, sea bajo la forma de bases de datos, modelos de simulación o flujos de procesos productivos. El objeto material pierde progresivamente su capacidad de representación total de un momento histórico, cuya consecuencia es un rápido tránsito hacia las economías basadas en el consumo de servicios antes que en la producción de bienes.
- Capitalismo de flujo.
 - Propuesto como concepto que alude a un estadio de la evolución del capitalismo, que se distingue por la fuerte incidencia de los mercados de capitales y las transacciones financieras por sobre la producción de bienes, con gran concentración de capital.
- Masmediatización.
 - Proceso de difusión y desarrollo de los sistemas integrados de comunicación que reviste alcances de escala planetaria. Es posible debido a la asociación de los desarrollos de las instituciones de la comunicación social (prensa televisiva, prensa gráfica) con las tecnologías de las comunicaciones (enlaces satelitales, telemática, redes virtuales informáticas); los medios operan como poderosos dispositivos de generación de enunciados de carácter apelativo que transmiten mensajes con un fuerte poder de convicción, especialmente relativos a la política, el consumo y las manifestaciones culturales.
- Generalización de patrones de consumo.
 - El desarrollo de los modelos empresariales multinacionales, en correspondencia con la internacionalización de los mercados de capitales y la planetarización de los medios, ha permitido una formidable colocación de productos de similares características en recónditos lugares del globo; esta expansión integrada de los sistemas de comercialización no sólo implica la disponibilidad de los mismos productos en prácticamente cualquier localización geográfica del consumidor, sino que favorece la adquisición de hábitos comunes de trabajo, de recreación y de consumo con prescindencia de presupuestos culturales locales. Esto tiende a provocar fenómenos de uniformidad entre individuos naturalmente diferentes entre sí que no obstante participan de experiencias comunes, que se dan en llamar *los no lugares*. El efecto de igualamiento

de los individuos se traduce en su inclusión en el tipo genérico del consumidor universal, con la consecuente alienación de su identidad personal, social o nacional. Informatización.

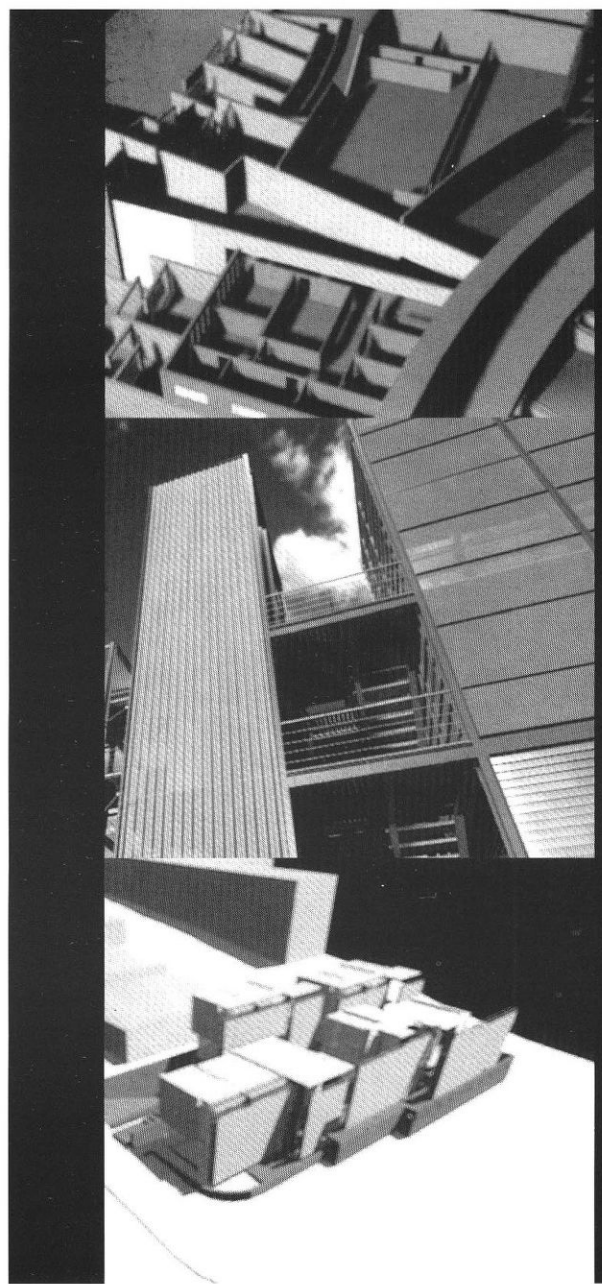
Proceso derivado de la expansión de la tecnología digital en la forma de las computadoras personales y sistemas informáticos, que producen un ajuste a las lógicas cibernéticas de la información de las actividades relativas al trabajo y al ocio. También a las posibilidades del manejo electrónico-digital de la misma, con lo que trae aparejado la generalización de las organizaciones en red, la expansión de las bases de datos, la generalización de las transacciones virtuales, el incremento de las comunicaciones *on line*, la integración de comunidades en el ciberespacio, la difusión de la telepresencia, el teletrabajo, etc. Los procesos aludidos afectan los más variados y vastos ámbitos de la producción, la administración, la gestión y el consumo, con gran incidencia en los estilos de vida de amplios grupos sociales, especialmente el de los jóvenes. Los discursos celebrativos de este fenómeno no cesan en enfatizar el cambio cualitativo que se deduce de este desarrollo y de las profundas transformaciones culturales a las que da lugar. Con un interés de ser objetivo antes que ponderativo al respecto, se puede decir que estas transformaciones se resumen en dos grandes tendencias: a la virtualización y la desmaterialización del mundo. Ambas están alentadas, representadas, facilitadas y simbolizadas por la computadora, el objeto fetiche de la era de la información. Todos estos fenómenos, cuyos efectos se verifican fácilmente en la vida cotidiana de nuestros entornos urbanos, afectan las acciones, las decisiones y la comprensión de las cosas. Afectan, en definitiva, la sensibilidad de las personas, modificando sus registros de los fenómenos y el modo de expresar sus experiencias en el contexto cultural al cual contribuyen a definir.

Núcleos de sentido

Los fenómenos reseñados en el punto anterior pueden denominarse fenómenos de transversalización cultural, puesto que tienden a provocar efectos de igualamiento en órdenes de integración de la realidad muy diversos entre sí. Esto redundará en alteraciones sustantivas en la apreciación de ciertos valores tradicionales de referencia de los sujetos, que hacen a su integración en colectivos sociales o nacionales. Ese sentido de pertenencia a ciertas estructuras colectivas ha tenido la función histórica de dar cohesión a los sujetos en torno a núcleos de valores supraindividuales socialmente reconocibles, los cuales proporcionan, a su vez, parámetros de validación y justificación de las prácticas individuales. Esos marcos de referencia han sido, hasta ahora:

- estado.
- nación.
- sociedad.

Estos conceptos han actuado siempre como fuentes de sentido, justificación y legitimación de los discursos sociales (sean éstos políticos, económicos, artísticos). Por lo tanto, también la arquitectura, entendida como una práctica que se convalida por su capacidad de generar formas que remiten a significados (conceptos y valores) socialmente aceptados, ha gravitado en torno de estas nociones centrales. De éstas se deducen conceptos como *lugar*,



identidad y memoria, que han contribuido a crear formas arquitectónicas con un sentido de pertinencia respecto de su contexto cultural históricamente determinado. Un concepto como *lugar* implica, en una interpretación común, la fijación espacio-temporal de ciertos valores aceptados, lo que permite pensar la arquitectura como una práctica social en el ambiente -de carácter teórico y técnico a la vez- consistente en la producción de formas que proponen significados, los actualizan y los expresan; formas que se producen con un sentido de crear y recrear y que, al concretarse, determinan una cultura del habitar.

Lugar, memoria e identidad han constituido, por lo tanto, núcleos de sentido para la arquitectura; han alcanzando un valor casi hegemónico en buena parte de la producción arquitectónica reciente. En efecto, lugar, identidad y memoria están presentes en toda propuesta que se afirme en el rescate de lo local y lo propio, en propuestas que a partir de la generalización de la crítica historiográfica a los rasgos universalizantes de la arquitectura del Movimiento Moderno, ocupa un importante espacio en los discursos legitimadores de ciertas producciones que hallan su fundamento en estos conceptos.

La importancia de estos conceptos ha sido significativa toda vez que se ha intentado articular la arquitectura con formas de vida que resulten más específicas y pertinentes a las circunstancias locales. En definitiva, operan como categorías de validación de decisiones arquitectónicas que encuentran allí no sólo su referencia más general sino también su sentido, al hacer énfasis en el rescate de valores antropológicos y existenciales. Estos valores constituirían el substrato más genuino desde donde pensar la arquitectura con cierta expectativa de resistencia o de contención de lo que, por lo común, se aprecia como peligros de disolución de las culturas locales frente a los embates de la transversalización y la homogeneización cultural. Esta cuestión no debería apreciarse como un peligro avieso, sino más bien como una complejización propia de la actualidad, en la cual algunos conceptos hasta ahora centrales sufren desplazamientos, relativizan su influencia, para dar lugar a nuevas configuraciones.

Virtualización

Es así como los conceptos antes mencionados, entendidos como centralidades semánticas, pierden su peso hegemónico en las configuraciones presentes de la cultura. En cierto modo, se vuelven virtuales ya que, si bien no desaparecen, permanecen en potencia. Más aún, habría una suerte de satisfacción y contento con ese estado larvado, con esa vigencia sin efecto de los mismos. Las condiciones de producción determinadas por dispositivos supraindividuales, sistémicos, cuestionan la persistencia de estos conceptos como valores centrales que, no obstante, persisten como una

justificación retórica de buena parte de la producción arquitectónica local y regional. Esto significa que la capacidad de legitimación del discurso arquitectónico de estos conceptos se ve debilitada por la inevitable presión de los procesos sistémicos que tienden a la transversalización cultural. No por ello su valor e importancia para tantas producciones contemporáneas de la arquitectura debe ser negado. Las arquitecturas producidas desde la expectativa de lo singular, lo propio, lo vernáculo, que tanto predicamento conservan aún hoy en algunos de nuestros espacios académicos y profesionales, definen claramente, por el propio carácter ideológico de esta posición, un modo de afrontar el presente. Claro que esta posición significa una actitud de resistencia, un posicionamiento desde la retaguardia, que proporciona una suerte de reserva de sentido frente a lo virtual, lo leve, lo efímero de las configuraciones culturales actuales.

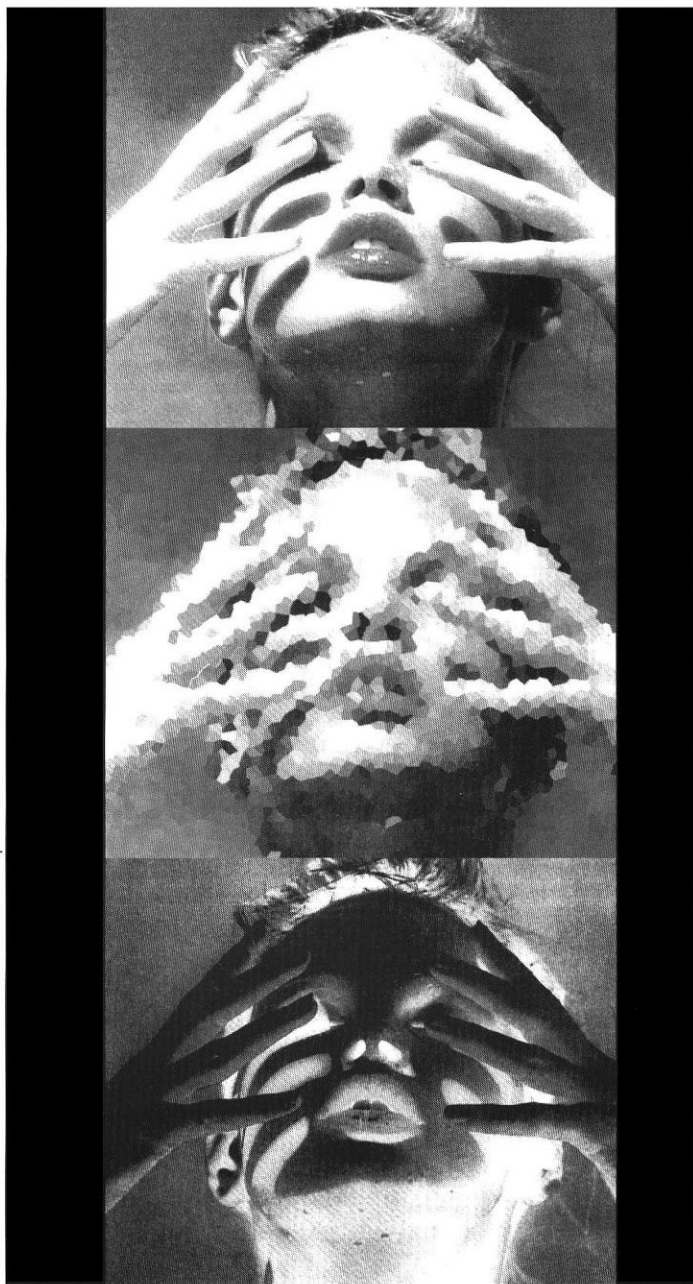
A la vista de las fuertes tendencias a la transversalización, las propuestas arquitectónicas se hacen más relativas a costa de perder integridad y coherencia. Se explica este hecho, precisamente, en los riesgos que importa una posición estricta en contextos de transformación como el de nuestro presente cultural. A título ilustrativo, se enuncian a continuación algunas características que podrían denominarse de época y que explican la necesidad de que la arquitectura haga más relativos sus discursos justificadores:

- *El descentramiento del sujeto*. Cuestión trabajada por los analistas de la cultura y pensadores con relación al desmontaje del sujeto tal como es concebido en el contexto de la modernidad histórica.
- *La pertenencia a realidades múltiples*. Especialmente estimuladas por los medios de comunicación masivos que tienden a una simultaneidad de las experiencias promovidas por las comunicaciones en tiempo real de sucesos de diversa entidad y ámbitos geográficos de procedencia.
- *Los fenómenos de opuestos llevados al extremo*. Referidos a la fragmentación de los pares dicotómicos (público-privado; local-universal; interior-exterior) que da lugar a manifestaciones recurrentes de estos términos que tienden a significarse en sí mismos y no en su relación de opuestos, lo cual quita relevancia a sus significados.

Miradas

En la tradición del pensamiento racional, la comprensión de la realidad histórica en un sentido hegeliano ha sido entendida como un juego de oposiciones dialécticas que generan tensiones. De ello ha dependido la idea del cambio, tan fuertemente articulada en el ideal de la perfectibilidad del hombre que propugnó la modernidad. La idea del cambio está en la base del sentido proyectual de la existencia, de la posibilidad de comprender la realidad como una construcción voluntaria, ideológica, orientada a fines, por la

cual el conocimiento se transforma en acción que cambia las cosas, las modifica. Esta noción de cambio es central también para el trabajo del arquitecto al establecer una dimensión ética al oficio del proyectar, ya que el proyecto arquitectónico es entendido como factor del mejoramiento de las condiciones de vida. Proyectar implica cambiar un estado presente de la realidad, un estado insatisfactorio, pero que reconoce en sus propias contradicciones la posibilidad de superación mediante una búsqueda confiada en el progreso. Ésta es una de las acepciones más comunes del proyecto, de la cual depende la confianza de la que goza aún hoy, aunque relativamente. En efecto, intervenir en la realidad para cambiarla en algún grado es una idea persistente, a pesar de las críticas que han abundado en la denuncia de la capacidad de la arquitectura para transformar la realidad -física o social-, redimiéndola de sus defectos e injusticias, tal como lo proponía el Movimiento Moderno. La expectativa del cambio subyacente en la noción de proyecto requiere de las tensiones de opuestos: del antes y el después, del deseo y la posibilidad, de la necesidad y el recurso. Estas polaridades dialécticas implican relación de partes opuestas y por lo tanto, tensión, estados inestables y, por lo mismo, situaciones fuertemente energéticas. Esta noción juega de un modo distinto en la actualidad. La contemporaneidad tiende a pasear las miradas por sobre las partes desagregadas antes que concentrar la visión en las estructuras y sus contradicciones intrínsecas. El registro de lo real elude el conflicto y la tensión como factores de una dinámica de cambios, con lo cual la realidad es comprendida como un estado de hecho, inevitable y mórbido y, fundamentalmente, isovalente. En la percepción común, todo lo que ocurre contribuye a definir lo real del mismo modo. Podría decirse que se aceptan las dicotomías pero no las dialécticas. Los pares dialécticos, que proporcionaron estructuras explicativas de la realidad y que motorizaron la acción proyectual de los arquitectos durante varias décadas, parecen desmontarse en series de polaridades sin tensiones, o al menos con registros atenuados de esas tensiones. Ver los opuestos como partes en simple *co-presencia* es una fuerte tendencia de nuestra época. Los elementos son vistos en mera simultaneidad, no necesariamente vinculados por relaciones fuertes, sean éstas dialécticas, estructurales o lógico-causales. Así, extremos tales como lo local y lo universal, lo público y lo privado, lo concreto y lo virtual, tienden a ser percibidos como factores no diferenciados e indistintamente presentes en la experiencia de lo cotidiano, factores que se repliegan en la propia singularidad de lo uno y lo otro, en su propia razón intrínseca. Consecuencia de ello es que la sensibilidad del hombre contemporáneo tiende a registrar las cosas del mundo sin apreciar sus conflictos, sus estructuras, sus contradicciones, se satisface con la descripción de los hechos antes que



con una indagación crítica y reflexiva de los mismos. Esto lleva a una cuestión importante: la pérdida de la noción de jerarquía, que es fundamental para el pensamiento situado y para el desarrollo de una sensibilidad más sutil. Reconocer un lugar desde donde mirar las cosas (el lugar de la ideología, de la pertenencia de clase, de un saber específico), a la vez que reconocer la importancia discreta de las cosas (debido a su valor estético o ético, científico o tecnológico, social o cultural), brinda las condiciones para una comprensión de la realidad en profundidad antes que en superficie. Así, la realidad puede ser vista como un fenómeno de relaciones, de partes que pueden ser

discernidas, ordenadas y actuadas. Al desconocerse las jerarquías, tanto el lugar desde donde mirar como el paisaje mirado se vuelven planos y neutros. La sensibilidad del presente se conforma en ese caso con el sobrevuelo de los hechos, con la mirada fugaz echada sobre una superficie, un territorio de objetos sin lugares. De tal modo, las manifestaciones más extremas y variadas (la guerra y la farándula, la política y el arte, lo trascendente y lo vacío), resultan tamizadas por el predominio de las miradas leves, que no establecen jerarquías y diferencias.

Esta tendencia a una aproximación más laxa al mundo estimula la captación efímera, inmediata e intermitente de los fenómenos. Su clave explicativa está en la transformación de los paradigmas de reconocimiento y comprensión de los fenómenos de la realidad, tanto sean científicos como artísticos. No es el tema de este trabajo considerar en sí mismas las implicancias del paso del paradigma mecanicista al termo-dinámico. Este tránsito estaría signando nuestro tiempo con su correspondiente aceptación de los procesos sinérgicos y estocásticos, en los que la certidumbre y la predictibilidad de los hechos pierden valor relativo. El interés, en todo caso, está puesto en cómo estas transformaciones de paradigmas afectan la sensibilidad de las personas.

La simultaneidad en lo cotidiano

Fenómenos que transcurren en los más diversos órdenes espacio-temporales se superponen en nuestras experiencias cotidianas, estableciendo una simultaneidad entre lo uno y lo otro. Es posible pasar de problemas micro a macro, de hechos personales a colectivos, de cuestiones de la esfera privada a la pública o de lo local a lo extralocal con extrema facilidad. Obviamente, ello es así debido a la creciente y poderosa incidencia que tienen fenómenos ya referidos de las comunicaciones y la informática, que permiten estas permutas y, más aún, las proponen como prácticas obvias. Así, el individuo contemporáneo tanto participa de cuestiones que lo involucran personalmente en su definición y desarrollo -cosas de las que participa directamente con su propio cuerpo y mente- a otras que lo exceden completamente y de las cuales es totalmente ajeno a su determinación pero que, sin embargo, lo involucran y afectan en alguna medida.

Esto remite nuevamente a la noción de pertenencia a realidades múltiples ya mencionada, a la impresión de que un individuo está físicamente localizado en un espacio y tiempo concretos y, a la misma vez, está virtualmente situado en otros sitios: es un sujeto ubicuo. Esto expande increíblemente la experiencia cultural de la espacialidad y la temporalidad y es una cuestión especialmente crítica para el trabajo del arquitecto, para quien el manejo de espacio y tiempo es un recurso básico.

Tal situación tiene un decisivo impacto en la sensibilidad, puesto que el individuo tiende a involucrarse en un rango más amplio de fenómenos pero con menos profundidad y detenimiento en sus factores causales, explicativos o justificatorios. La sensibilidad leve capta de un modo rápido y superficial, retiene sólo algunas pocas referencias generales de las cosas, aplicando la atención de un modo más ligero e intermitente, ya que la atención será requerida inmediatamente por otra situación, por otras problemáticas, tal vez de otra escala y significación. Los registros se hacen más directos, superficiales, más atentos a los trazos gruesos antes que a las particularidades, lo que supondría una atención más demorada y una interpretación más elaborada de los fenómenos.

Imagen

Apreciamos la imagen de los hechos en tanto expresión visible de un modelo de los hechos que los representa. Las imágenes proporcionan un estímulo que simula el hecho, que lo hace presente, permitiendo su rápida comunicación. Pero los hechos mediatizados por imágenes, que tienden a ser trabajadas como estímulos para una atención instantánea, se vuelven lejanos para los sujetos. No se interactúa en y con un mundo concreto, mundo de hechos humanamente producidos, sino con un universo de imágenes mediáticamente generadas, en el cual las razones humanas son inferencias antes que motivos. Las imágenes de los medios, es sabido, comunican sin significar; por lo mismo fracasan en la comunicación valorativa de las cosas, sus conceptos, sus sentidos. Los fenómenos así percibidos no pueden sino aparecer como integrando redes de acontecimientos, formando igualmente organizaciones sin jerarquías.

Mucho se ha dicho acerca de que la imagen domina la experiencia sensible de la contemporaneidad. Pero si vemos que la imagen es siempre un modelo de simulación, una analogía que proporciona una estructura perceptiva que estimula la sensibilidad y la inteligibilidad de los individuos, un mundo de imágenes es un mundo de representaciones, de ficción. La generalización de un tipo de percepción y de intelección dadas especialmente desde lo visual, sanciona la comprensión del presente a través de simulacros, de montajes que colocan al hombre en una relación mediata con las cosas. Las relaciones entre los sujetos, y entre los sujetos y el mundo, dependen progresivamente de mediaciones, de construcciones de imágenes cuyo resultado es una tendencia a aceptar los fenómenos como imposiciones mediáticas que incluyen al sujeto como espectador de acontecimientos cuya densidad conceptual, ideológica, estética, es ajena a sus injerencias.

El sentido del Proyecto

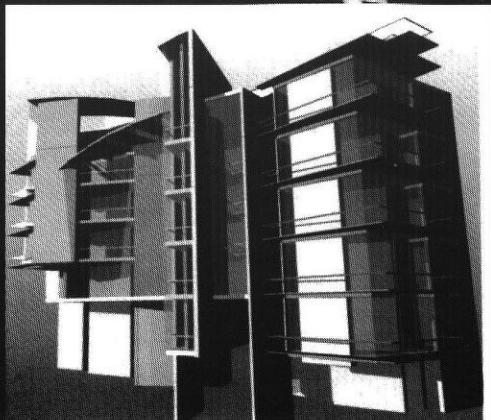
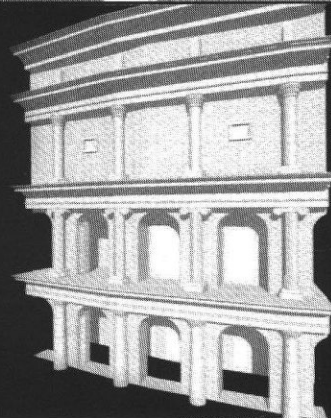
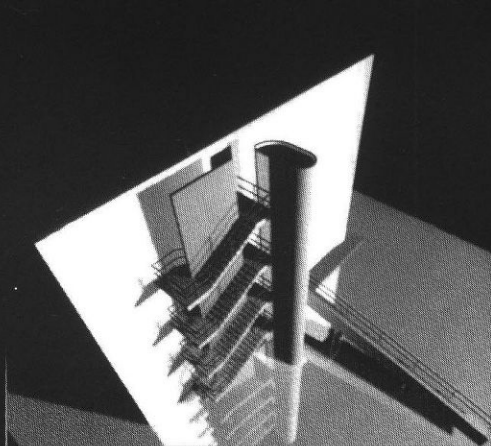
La preocupación inicial acerca de la sensibilidad deriva en la cuestión del sentido del proyecto de arquitectura bajo estas condiciones. Las sensibilidades leves como efecto de condiciones epocales afectan al arquitecto -en particular al arquitecto en instancias de formación académica-. El sujeto con una sensibilidad así condicionada arriesga que su trabajo proyectual se diluya en las sobredeterminaciones, en el ejercicio del oficio sin intenciones ni discrecionalidad, dando a su trabajo el carácter de una actuación meramente técnica resultante de fenómenos que lo exceden.

En un sentido opuesto, se sostiene aún que la formación universitaria debería estimular la indagación, el análisis, la interpretación de la contemporaneidad, para desnaturalizar los fenómenos que, no por inevitables, implican su llana aceptación. Menos aún, que sean tomados por obvios. Esta sensibilidad leve debería dar lugar a una reflexión para entender mejor qué implica subjetividad y proyectualidad en el escenario cultural contemporáneo en general y en el espacio universitario en particular. No es arriesgado suponer que esta sensibilidad implica re-dimensionar el sentido de lo proyectual. Ello implica reconocer el espacio universitario como un ámbito apropiado para la observación y la exploración de las posibilidades del presente.

Precisando más, se puede decir que si la contemporaneidad condiciona la sensibilidad, y con ello la comprensión y la percepción valorativa de las cosas por parte del sujeto, el arquitecto está particularmente influido por algunas de las siguientes características:

- *Las miradas segmentadas de la realidad.* Que promueven la visión por partes disgregadas de las cosas.
- *La ubicuidad de los hechos.* Que implica la relativa indiferencia por las localizaciones espaciales y temporales de los fenómenos que aparecen desanclados al darse en diferentes órdenes escalares.
- *El espacio aplanado y el tiempo presentizado.* Que estimula la aceptación de lo efímero, lo inmediato, lo contingente, lo aleatorio.
- *Lo virtual como una condición de constitución de los hechos.* Que vuelve casi indistinto el grado de concreción de los fenómenos (comunidades virtuales, mercados virtuales, realidad virtual).
- *Lo inmaterial como condición de existencia de los hechos.* Que pueden darse con una merma o simplificación de su condición de cosas físicas (miniaturización, materiales de tercera generación, reciclajes, existencia en espacios digitales).

Frente a esta situación, la arquitectura se ve comprometida programáticamente por estas condiciones que predisponen de diferentes modos tanto el pensamiento, como los procesos proyectuales y la producción de sus objetos. La disciplina ha aceptado que la arquitectura, como un saber



históricamente instituido en el ciclo de los últimos 500 años, descansa sobre principios concretos: *venustas*, *firmitas* y *utilitas* vitruvianas implican determinación formal, conveniencia práctica y durabilidad física, respectivamente, todas nociones que aluden a determinaciones de certezas que procuran una fijación espacio-temporal de formas, usos y significados mediante el ejercicio del saber disciplinar arquitectónico.

Aun cuando formas, usos y significados hayan dado lugar a los más diversos resultados arquitectónicos, la arquitectura nunca dejó de ser interpretada como un saber técnico, propositivo y concretizador, cuyo propósito es hacer visibles

las relaciones del hombre con el medio, de la sociedad con la ciudad, creando un nivel de simbolización de esas relaciones. La manipulación de formas en el espacio, el diseño, alude a valores aun cuando el cometido inicial sea el desarrollo eficiente de vastos sistemas de actividades humanas. Al articular formas, usos y significados la arquitectura construye estructuras de sentido con las cuales una sociedad expresa una cultura del habitar mediante una práctica estética aceptada.

Esta capacidad de generar sentido a través de procesos de simbolización es lo que ahora se pone en cuestión, frente a una realidad que se entiende como una fenomenología ontológicamente externa al sujeto. Así, los fenómenos de la realidad aparecen como efectos de mutaciones en el juego de las sobredeterminaciones sistémicas antes que debidos a cambios subjetivamente generados. Los flujos de capital, la transnacionalización de la política y la economía, la virtualización, la desmaterialización son tendencias históricas que sugieren formas más inestables, indeterminadas y móviles. En principio, estas tendencias resultan poco compatibles con una idea del proyecto arquitectónico como anticipación prefiguradora del mundo, necesariamente preciso como forma, concreto como artefacto físico, pertinente como significado y lógico como objeto práctico.

Se hace necesario reconocer esta condición cultural contemporánea para revisar los parámetros de validación y legitimación de la arquitectura como disciplina y profesión, es decir, como saber y como oficio. De ello depende que la arquitectura pueda operar una re-legitimación como praxis socialmente aceptada y culturalmente pertinente en los parámetros de la contemporaneidad. Tanto sea como pensamiento, proceso u obra, la arquitectura de y en el espacio de vida humano se ha convertido en algo problemático, puesto que debe confrontar con su tradición. La necesidad de buscar correspondencias con las poderosas tendencias del presente lleva a que la arquitectura se encuentre actualmente conmocionada por los desanclajes que la desplazan respecto de sus presupuestos tradicionales.

La arquitectura se abre necesariamente en un abanico de múltiples cuestiones problemáticas. Tanto en el nivel de la disciplina como en el de la profesión, la arquitectura se ve en la disyuntiva de comprometerse con esta condición de época que supone una estética superficial y ligera o de recuperar una ética de compromisos y críticas.

Estrategias

La producción actual de obras proporciona ejemplos de ambas actitudes, una vez más, en estado de simple *co-presencia*. Por el momento la disyuntiva no ha sido

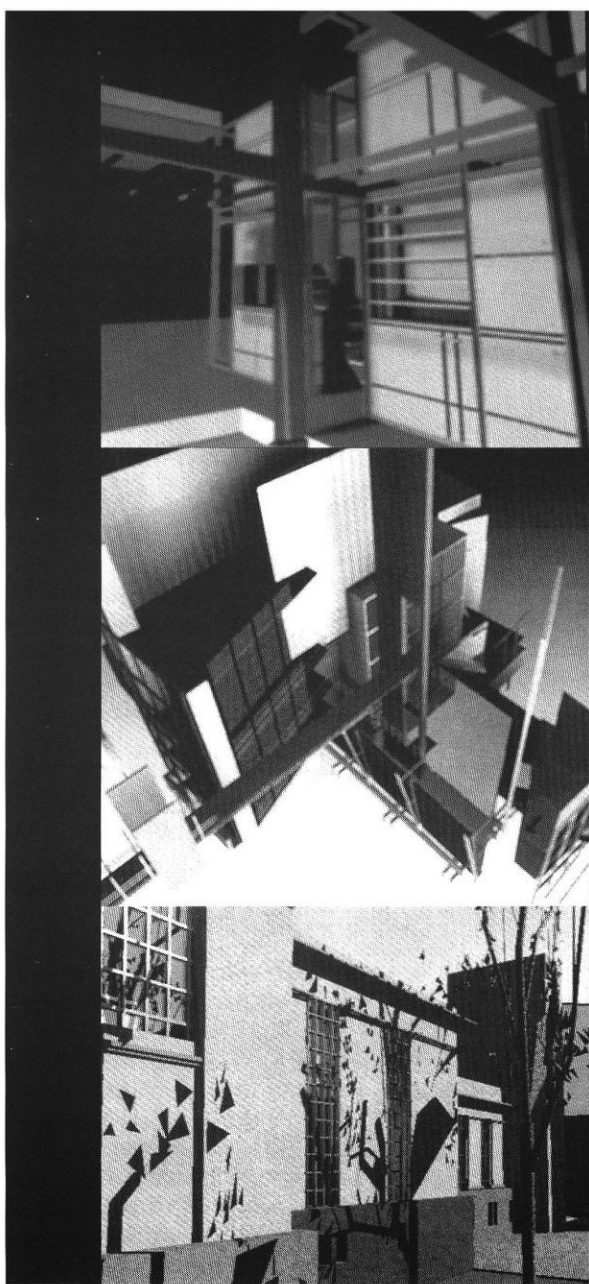
suficientemente problematizada ni historizada, en la medida en que ni los desarrollos teóricos ni las críticas a la producción empírica presentan líneas dominantes, sino estados de deliberación sin efectos conclusivos. Tal vez la estrategia de método pase por aceptar que esta simultaneidad de actitudes se resuelve en la contingencia de la obra. Que la obra como producción humano-social se incluya en los procesos culturales -involucrándose existencialmente con un sentido de pertenencia a un mundo concreto, histórico, localizado-, o que se asuma como objeto en un mundo de imágenes que responde a una configuración más virtual, sistémica, deslocalizada y transversal del mundo, pueden ser polarizaciones que se tensionan en el caso, en la coyuntura del objeto concreto antes que en la superestructura ideológica que lo soporta. Una estrategia pasaría entonces por ensayar movimientos alternantes entre lo estructural y lo contingente, lo inmediato y lo remoto, lo directo y lo mediado, lo real y lo virtual, frente a la exigencia de asumir fenómenos de diferente entidad y escala.

Por lo tanto, a la par de concebir la forma como configuración concreta de una condición particular, es dable pensar la forma como una configuración de implicancias múltiples, como fenómeno de una cultura que privilegia la imagen al concepto, el sistema en red al árbol de jerarquías, la indeterminación a la certidumbre, el hipertexto al texto. Todo esto compromete la concepción de la arquitectura como un lenguaje de certezas, inequívoco y específico. También compromete la noción de obra arquitectónica como un objeto de síntesis, acabado y cerrado en su propia realidad fáctica.

Tal vez se imponga aceptar que por el momento la arquitectura ha caído en un juego de fijaciones y desanclajes y reconocer en ello un factor que posibilita tanto para la reflexión como para la acción. En este juego en el cual *lo uno* y *lo otro* aparece como posibilidad igualmente válida, radica la pertinencia de la arquitectura con respecto a las coordenadas de la actualidad. Fijaciones y desanclajes, lugares existenciales y enclaves pragmáticos, referentes simbólicos e imágenes mediáticas están presentes inevitablemente en el horizonte cultural. Compete al proyectista que el proyecto asuma esta simultaneidad, que se reinstale una tensión en el proyecto. De ser así, el proyecto debería ser entendido como una hipótesis que se resuelve en las incertezas de la contingencia antes que en las convicciones de las ideologías. Por lo tanto, el proyecto sería algo más proclive a asumirse como acción estratégica antes que como una respuesta inequívoca en términos de significado, positiva como objeto físico, prescrita como objeto de uso. La configuración del presente, con sus características inherentes, es inevitable ya que es resul-

tado de un devenir histórico. Pero ello no habilita a entender que las fijaciones y los desanclajes resulten extremos indistintos, obvios, pasivamente aceptados. Es claro que estas tendencias están inevitablemente presentes en la base cultural del trabajo del arquitecto, pero se trata de desnaturalizarlas, de incluirlas en una relación de sentido, de problematizarlas superando la simple presencia de órdenes dicotómicos.

Los requerimientos que, tal vez en mayor medida, deben atender los arquitectos en tanto operadores culturales de estos tiempos, tiene que ver con los modos de construir el sentido desde lo múltiple, lo diverso, lo extraño. Y esto afectará tanto la concepción intelectual como la producción material de los objetos arquitectónicos. También su propia percepción sensible. Tal vez sea así ya que habrá que trabajar con realidades concretas y virtuales, con manifestaciones físicas y electrónicas, con lo tectónico y lo digital en forma integrada. Cuando se menciona la integración, no se está proponiendo la amable conjugación, la inclusión ingenua de tendencias opuestas en una síntesis que creo tan imposible como innecesaria, sino de construir el sentido ético y estético de la arquitectura reconociendo las problemáticas que nos presenta nuestra contemporaneidad. En este sentido, no hay ni mejores ni peores épocas para vivir, sino situaciones que merecen ser abordadas con miradas alertas, interesadas, que descubran en los hechos tanto el deseo como la posibilidad. Desde distintos campos del saber se describe el presente como pliegue histórico, umbral epistemológico y de cambios de paradigmas. Se trata en todo caso de encontrar algún sentido a esta contemporaneidad que parece mudar sin cambiar, aceptando lo real y lo virtual, lo corpóreo y lo inmaterial, la fijación y el desanclaje como componentes que nuestro trabajo arquitectónico debe problematizar, en un esfuerzo por buscar el sentido a un mundo cada vez más desagregado y superficial. ■



Referencias

- BAURILLARD, Jean. *Cultura y simulacro*. Barcelona, Kairós, 1978.
- CASTELLS, Manuel. *La ciudad informacional. Tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano-regional*. Madrid, Alianza, 1989.
- CHAPLIN, S. *Ciberespacio: Vacilando en el umbral*. Publicación de cátedra ARQUITECTURA IV, Serie Fichajes Nº 6. Trad.: Arq. E. Barbero, 1997.
- FOLLARI, Roberto. *Modernidad y posmodernidad: una óptica desde América Latina*. Bs. As., REI-Aique Grupo Editor, 1990.
- HABERMAS, Jürgen. *El discurso filosófico de la modernidad (doce lecciones)*. Taurus. Lección 12.
- GARCIA CANCLINI, Néstor. *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México, Grijalbo, 1995.
- GIDDENS, Anthony. *Consecuencias de la modernidad*. Madrid, Alianza, 1994.
- HARVEY, David. *La crisis della modernità*. Il Saggiatore, 1991.
- LIPOVETSKY, Gilles. *La era del Vacío*. Barcelona, Anagrama, 1986.
- LYOTARD, Jean-François. *La condición posmoderna*. Madrid, Minuit, 1987.
- MALDONADO, Tomás. *Lo Real y lo Virtual*. Gedisa, Barcelona, 1994.
- PERULLI, Paolo. *Atlante metropolitano. Il mutamento sociale nell grandi città*. Bologna, Il Mulino, 1992.
- SARLO, Beatriz. *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Bs. As., Ariel, 1994.
- SOLA MORALES, Ignasi. *Diferencias. Topografía de la arquitectura contemporánea*. Barcelona, G. Gili, 1995.
- VATTIMO, Gianni. *Pensamiento débil*. WAISMAN, Marina. *La arquitectura descentrada*. Bogotá, Escala, 1995.
- WAISMAN, Marina. *La arquitectura en la era posmoderna*. Cuaderno Escala Nº 17. Bogotá, 1991.